

15/2014

10 marzo de 2014

Ignacio Fuente Cobo

**FUERZAS MILITARES:
¿POLIVALENTE O ESPECIALIZADAS?**

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

FUERZAS MILITARES: ¿POLIVALENTE O ESPECIALIZADAS?

Resumen:

La adaptación a los nuevos tiempos va a obligar a las Fuerzas Armadas a llevar a cabo una importante transformación, una vez que las operaciones militares en los Balcanes, Iraq y Libia han concluido, que la intervención militar en Afganistán está próxima a finalizar a finales del 2014 y que nuevos escenarios se están abriendo en otras regiones del mundo. Por ello, resulta imprescindible comprobar hasta qué punto nuestras capacidades y estructuras militares, han sido eficaces para resolver los complejos problemas organizativos y operativos a los que nos hemos tenido que enfrentar en los conflictos de los últimos tiempos y hasta qué punto siguen siéndolo para los actuales y los futuros. El debate sobre el papel que deben desempeñar en los próximos años las Fuerzas Armadas y sobre el carácter especializado o polivalente que deben adquirir en una época de restricciones económicas y presupuestos decrecientes, está abierto.

Abstract:

The adjustment to the new times is going to force the Armed Forces to carry out important transformations, as soon as the military operations in the Balkans, Iraq and Libya have concluded, that the military intervention in Afghanistan is close to conclude at the end of 2014, and that new theaters of operations are opened in other regions of the world. Therefore, it turns out indispensable to verify up to what extent our capabilities and military structures have been effective to solve the complex organizational and operative problems we have had to face in the conflicts of the past and up to what point they continue being so for current and future conflicts. The debate on the paper the Armed Forces must perform in the next years and on the specialized or polyvalent character that they must acquire in a time of economic restrictions and decreasing budgets, is opened.

Palabras clave:

Fuerzas Armadas, Especialización, conflictos, capacidades militares, incertidumbre.

Keywords: Armed Forces, specialization, conflicts, military capabilities, uncertainty.

CONSIDERACIONES GENERALES

Desde el final de la Guerra Fría el debate sobre la especialización de las Fuerzas Armadas nacionales ha sido recurrente en Europa. La desaparición de la perspectiva de un enfrentamiento apocalíptico entre bloques, sacó a la luz hace dos décadas, una serie de conflictos de baja intensidad que habían permanecido ocultos por el duelo entre el bloque occidental y el soviético.

La guerra de Iraq de 2003, y la experiencia obtenida después de seis años de ocupación caracterizados por una inseguridad permanente, indica que Iraq ha sido el último ejemplo de enfrentamiento convencional entre ejércitos regulares, entendiéndose como tal aquel que enfrenta a las fuerzas armadas regulares de los estados, dotadas de un armamento convencional y que emplean estrategias y tácticas comparables. Será difícil que estas situaciones de conflicto vuelvan a repetirse parecido en el futuro.

GUERRAS SIMÉTRICAS Y GUERRAS ASIMÉTRICAS

Actualmente, la doctrina estratégica prevalente afirma que este tipo de guerras que podemos definir como simétricas prácticamente han prácticamente desaparecido, siendo sustituidos por un tipo de conflictos de baja intensidad en el que se mezclan actividades de guerrillas llevadas a cabo por fuerzas irregulares en el marco de guerras insurreccionales, con actividades terroristas que ignoran el marco territorial rígido de los teatros de operaciones. Este concepto de guerra definido por contraposición al convencional como asimétrico, se ha ido perfeccionando con el tiempo a medida que se han ido intensificando la importancia de las acciones de los grupos insurgentes o de los elementos terroristas en los mismos. Así en Afganistán, como previamente en Irak, o actualmente en Malí o Siria, hemos podido apreciar como los jihadistas kamikazes se hacen saltar por los aires buscando crear una inseguridad permanente.

En todos los escenarios, el esquema es el mismo: a cada acción de la insurrección le sigue una reacción de las fuerzas armadas o cuerpos de seguridad, hasta configurar una espiral sin fin de la violencia, que es la característica principal de las guerras actuales. Los conflictos de baja intensidad – lo que los franceses llaman *la Petit Guerre* – son conflictos del débil frente al fuerte, en los que el primero utiliza las ventajas de asimetría, para hacer perder al segundo los beneficios que le proporcionan su situación de fortaleza. Se trata de que las acciones de las fuerzas convencionales terminen por hacer perder el interés del estado ante

la falta de resultados, al tiempo que el agotamiento del apoyo de la opinión pública presiona por lograr el fin de los enfrentamientos en condiciones favorables para el contendiente más débil.

En esta línea, podemos afirmar que los conflictos caracterizados por enfrentamientos armados de baja intensidad, han sido la tónica dominante durante las últimas dos décadas, y se han extendido por toda la superficie del planeta, revistiendo todas las formas posibles en cuanto a la extensión geográfica de las operaciones, la duración de los mismos y la motivación ideológica de los combatientes. Así tenemos, por una parte la guerra de Afganistán que se prolonga ya durante catorce años y que ha supuesto una fuerte implicación militar occidental en todo el país, mientras que, por otra parte, la guerra de Ruanda que enfrentó a tutsis y hutus en 1994, apenas duró un año. A su vez, la guerra de Libia de 2011 se limitó a su franja mediterránea, su duración fue corta y la implicación occidental limitada, mientras que los actuales conflictos en el Sahel tienen una gran extensión geográfica y la implicación militar europea va a ser prolongada e intensa.

Por otra parte, percibimos una tendencia creciente en los países occidentales de emplear las fuerzas militares en operaciones de seguridad interior, seguridad cibernética y gestión de catástrofes. Bien bajo la dirección de departamentos especializados, como es el caso de la *Homeland Security* en los Estados Unidos, bien conservando las propias estructuras militares como ocurre con lo que popularmente llaman los franceses *Vigipirate* – patrullas de soldados que vigilan los lugares más frecuentados por la población civil -, o bien creando estructuras especializadas como es el caso de UME en España, está multiplicación de la utilización de los soldados, señala la dirección en la que están siendo empujadas las Fuerzas Armadas a las que se les pide cada vez más, desempeñar tareas que tradicionalmente no han sido consideradas como propiamente militares.

LOS ESCENARIOS DE CONFLICTO

En este contexto, la percepción por parte de las opiniones públicas y las autoridades políticas de que los conflictos convencionales serán muy improbables en el futuro, puede llevar a pensar que ya no es necesario mantener unas Fuerzas Armadas regulares preparadas para los combates de alta intensidad, dado que estos ya no se van a producir. Las capacidades propiamente militares deben, por tanto, orientarse hacia los conflictos de baja intensidad que son los que definen hoy en día, los condicionantes de la seguridad nacional e internacional. Parece razonable por tanto, reducir el tamaño de las Fuerzas Armadas y adaptar sus capacidades para actuar en estos escenarios militarmente menos exigentes.

Si el máximo esfuerzo que se va a pedir viene determinado por el precedente de Afganistán y si las intervenciones limitadas en el Sahel – pensemos que los franceses nunca llegaron a desplegar más de 4000 soldados –, marcan el nivel de ambición de las Fuerzas Armadas, no parece tener mucho sentido mantener ejércitos numerosos en términos de personal y de capacidades, si tenemos en cuenta que el nivel de esfuerzo que se nos va a pedir es limitado. Otro tanto podría decirse para la defensa territorial frente a unas amenazas externas que se estiman como una opción altamente improbable. La mayor prioridad que adquiere ahora la seguridad interior, la ciberdefensa y la gestión de emergencias, hace que se contemple la necesidad de transformar las estructuras militares para satisfacer estos requerimientos socialmente más demandados y reforzar las capacidades de una policía y de unos servicios de protección civil cuyas posibilidades y dimensiones son limitadas.

Quedaría el tema de la proliferación de misiles balísticos y de armas de destrucción masiva donde los ejércitos deberían mantener, e incluso reforzar sus capacidades, dado que se sigue tratándose de una amenaza de alcance global.

Este esquema sería perfectamente lógico y aceptable si asumimos el análisis estratégico de carácter prospectivo que contempla como únicas amenazas los conflictos insurreccionales, la lucha contra el terrorismo y la gestión de catástrofes. Ahora bien, el problema que tiene esta visión limitada de los riesgos y amenazas presentes y futuros es su irreversibilidad. Dado que los formatos de los ejércitos no se improvisan y sus capacidades tampoco, se necesitan al menos veinte años para pasar de la conceptualización de una forma de empleo de las Fuerzas Armadas, hasta que esta se materializa en nuevas estructuras orgánicas con sus correspondientes capacidades militares asociadas.

EL TERRENO DE LA INCERTIDUMBRE

El problema surge si el análisis resulta erróneo y la posibilidad de un conflicto internacional convencional se materializa efectivamente. Igual que en agosto de 1914 nadie podía imaginar que un conflicto originado por un acto terrorista – el asesinato de un archiduque austriaco –, iba a durar cuatro años e iba alcanzar tal grado de virulencia, hoy en día seguimos moviéndonos en el terreno de la incertidumbre sobre el alcance y la intensidad de los conflictos. Por ello los riesgos que se asumen preparando las fuerzas armadas únicamente para conflictos de baja intensidad, resultan inaceptables para cualquier gobierno dado que las consecuencias de hacerlo pueden ser irreversibles. La racionalidad más elemental, exige preparar las Fuerzas Armadas para afrontar toda la gama de conflictos incluidos los de alta intensidad.

La constatación norteamericana – y europea - de que su poder militar en términos relativos está disminuyendo, y el desplazamiento del centro de gravedad hacia el este, obligarán a las Fuerzas Armadas de las naciones europeas, a cubrir los vacíos de seguridad producidos por la disminución de la disposición norteamericana para intervenir en aquellas zonas próximas al continente europeo donde no estén en juego sus intereses vitales. A este respecto, los europeos, españoles incluidos, deberemos asumir en los próximos años una mayor participación en las responsabilidades internacionales. La campaña francesa en Mali del año 2013 con la operación Serval y la aceptación de que sea la Unión Europea la que lleve el liderazgo en la estabilización de los países de la región saheliana, constituyen es buenos ejemplos de esta nueva aproximación a las operaciones y al papel de los aliados europeos en las mismas.

Es más, el incremento constante de las capacidades militares – y de sus presupuestos de defensa - de países más o menos próximos a nuestras fronteras, y la incertidumbre que existe sobre el resultado final de determinados procesos de transformación internacional en la periferia de Europa, hace que debamos contemplar la posibilidad de que conflictos que hoy en día están latentes o son de baja intensidad puedan derivar hacia la alta intensidad en el futuro.

CONCLUSIONES

En definitiva, la única forma de eliminar la incertidumbre - o al menos reducirla hasta unos niveles tolerables - , es aceptar la posibilidad de tener que hacer frente a conflictos de alta intensidad, lo que exige una estructura de fuerzas capaz de responder a todas las amenazas imaginables. Los materiales y equipos militares deben estar adaptadas para hacer frente tanto a conflictos de alta intensidad como asimétricos, incluso para ser empleados en la gestión de catástrofes. Ello nos exigirá reformar nuestras estructuras militares y adaptar nuestras capacidades para hacer frente a cualquier tipo de amenaza, sabiendo que, en caso de producirse nuevos conflictos en zonas como Kosovo o Bosnia, será difícil contar con las garantías de seguridad norteamericanas al igual que ocurriera en los años noventa.

La estructura militar, así como el personal que la integra, también tiene que ser polivalente, lo que en un entorno de presupuestos reducidos, riesgos y amenazas ampliadas y Fuerzas Armadas más pequeñas, exige incrementar la integración de elementos comunes, la eliminación de estructuras redundantes y la potenciación de la acción conjunta.

No obstante, en aras de la optimización de recursos y la economía de escalas, habrá que aceptar ir hacia una cierta especialización en determinadas capacidades muy caras o difíciles de adquirir tecnológicamente. Estas capacidades tendrán que ser compartidas con nuestros socios y aliados, dado que no es posible, o razonable, afrontarlas individualmente. Habrá que entrenarse, equiparse y operar siempre que sea posible en coordinación con ellos y habrá que ponerse igualmente de acuerdo con ellos en las reducciones de presupuestos militares que afectan a todos los socios. Proyectos como el avión A-400, el sistema de posicionamiento por satélites Galileo, o los recientes acuerdos entre Francia y Reino Unido para la adquisición conjunta de misiles antibuque o el diseño de aviones no tripulados, constituyen claros ejemplos de cuál es la dirección hacia la que apunta el futuro.

*Ignacio Fuente Cobo
COL.ET.ART.DEM
Analista del IEEE*